

Camino a Iruya

En el 2004, el primer y segundo año de Diseño Gráfico viajaron con destino a Iruya, un pueblo recóndito que cuelga en las montañas del altiplano argentino. Recuerdo dos momentos que nos marcaron a los que estuvimos ahí como estudiantes: al tercer día de travesía, en el punto más alto de la ruta, a 4.800 metros de altura, próximos a cruzar la frontera norte del país en dirección a Argentina, en pleno atardecer —a la hora en que las sombras alcanzan su punto más largo y el cielo se ve naranja en su totalidad—, nos detuvimos para hacer un acto poético liderado por el poeta Manuel Sanfuentes, quien nos encargó buscar una piedra para conformar entre todos un círculo con ellas. Cada uno recorrió, observó y seleccionó entre las múltiples posibilidades que nos entregaba la árida parada. La mía, más grande que mi mano, se dividió de modo casi perfecto en dos colores: gris y naranja (como el cielo). José Balcells, llevado por el entusiasmo, nos ayudó a distribuir las agachándose y levantándose repetidas veces, sin considerar la altura a la que nos encontrábamos: el inevitable impacto que esta tendría en nuestra respiración y fatiga corporal, dejando más de un cuerpo abandonado a la puna (incluido el de nuestro animado escultor).

Un día después, ya instalados en Humahuaca, nuestros profesores descubrieron que de ninguna manera llegaríamos a destino según lo planificado: el par de buses en el que viajábamos desde Chile, de improviso resultaron demasiado anchos para la ruta que debíamos atravesar. Entre los estudiantes se rumoreaba con incertidumbre y preocupación la imposibilidad de terminar el viaje, hasta que a la hora de comida el profesor Marcelo Araya se levantó y en tono de brindis nos explicó que si bien así como íbamos era imposible llegar a Iruya, estaba

en nuestras manos la decisión de seguir adelante cambiando los buses por dos pequeñas micros locales, que apenas pasaban por las vertiginosas quebradas de la montaña en dirección al pueblo. Esta alternativa, además de riesgosa, implicaba reducir nuestro equipaje a una mochila por cada tres personas, con lo indispensable para cubrir las necesidades de aseo personal y de los días de obra. (Quien haya participado de una travesía sabe de sobra que el equipaje de salida es de gran precisión y austeridad: todo está contado, medido e inventariado. En esa oportunidad debimos redoblar el esfuerzo en pos de alcanzar nuestro verdadero destino).

Mucho del entusiasmo que nos impulsó a seguir a pesar de las dificultades técnicas se lo debemos a la energía que puso Marcelo en el modo de invitarnos, haciéndonos partícipes de un desafío mayor del que nadie se pudo restar. Si mal no recuerdo, hasta aplaudimos después de sus palabras en esa cena.

Katherine Exss Cid